CARLOS GARCÍA GUAL
Universidad Complutense de Madrid

La traducción literaria. Algunos apuntes desde la filología

Quisiera comenzar citando, para invitar a reflexionar sobre sus claras ideas de fondo, unas cuantas palabras de un reciente ensayo de Susan Sontag (que con el título de "El mundo como la India" acaba de publicarse en *Letras libres*, noviembre, 2003, pp. 38-46). Susan Sontag trata de la traducción literaria recordándonos las diferencias entre ella y la traducción automática y pragmática de las "máquinas de traducir", que operan sustituyendo con puntual exactitud vocablos considerados equivalentes de dos lenguas. Cito:

> La traducción, vista aquí como una actividad electiva en el sentido más amplio, era una profesión de individuos portadores de una determinada cultura interior. Traducir meditada, trabajosa, ingeniosa y respetuosamente es la justa medida de la lealtad del traductor a la empresa de la propia literatura.
>
> Las opciones que podrían ser consideradas como meramente lingüísticas siempre implican asimismo modelos éticos, lo cual ha hecho de la actividad de la traducción misma el vehículo de valores tales como la integridad, la responsabilidad, la fidelidad, la osadía, la humildad. El criterio ético de la tarea del traductor se originó en la conciencia de que la traducción es en lo fundamental una tarea imposible, si ello significa que el traductor es capaz de recoger el texto de un autor escrito en un idioma y entregarlo, intacto, sin pérdidas, en otro idioma. Es evidente que en esto no hacen hincapié quienes esperan con impaciencia la superación de los dilemas del traductor mediante las equivalencias de mejores y más ingeniosas máquinas traductoras.
>
> La traducción literaria es una rama de la literatura, y es todo menos una tarea mecánica. (o. c., p. 39).
>
> ¿Hasta dónde llega la autoridad del traductor para adaptar -es decir, *recrear*- el texto en el idioma al que la obra está siendo traducida? Si la fidelidad a la palabra y a la excelencia literaria en el nuevo idioma son incompatibles, ¿cuán "libre" puede ser una traducción responsable? ¿Es tarea primordial del traductor borrar la alteridad de un texto y refundirlo según las normas del nuevo idioma? No hay traductor serio al que no le inquieten semejantes problemas: al igual que el ballet clásico, la traducción literaria es una actividad con modelos impracticables, es decir, modelos tan rigurosos que por fuerza generan insatisfacción, la impresión de que casi nunca se está a la altura, entre sus practicantes más ambiciosos. Y, al igual que en el ballet clásico, la traducción literaria es un arte de repertorio. Las obras consideradas grandes son retraducidas con regularidad: porque la adaptación ora parece demasiado libre, ora no lo bastante precisa; porque se estima que la traducción tiene demasiados errores, o porque el lenguaje que pareció transparente a los contemporáneos de la traducción en la actualidad parece anticuado. (p. 40).
>
> En una traducción literaria, dados los múltiples imperativos a los que debe responder, sólo puede haber un desempeño superior, pero nunca perfecto. Traducir, por definición, siempre conlleva alguna pérdida de la sustancia original. Todas las traducciones revelan tarde o temprano sus imperfecciones, y finalmente, incluso en el caso de los desempeños más ejemplares, vienen a ser tenidas por provisionales. (p. 40).

La traducción de los clásicos. GARCÍA GUAL, Carlos. La traducción literaria. Alg...
Centro Virtual Cervantes

Cuanto aquí dice Susan Sontag puede aplicarse con especial precisión a los textos llamados clásicos, es decir, a aquellos que son leídos con singular fervor y larga lealtad por diversas generaciones, los grandes textos de una tradición literaria, objeto de numerosas versiones a varias lenguas y en varias épocas, y de minuciosas glosas y comentarios, textos de extensa fascinación y de palabras e imágenes resonantes en muchos otros. De tales textos se ocupa la filología, que, en definitiva, es un arte del leer a fondo, en una lectura lenta y aguzada, atenta no sólo a los textos, sino también a sus contextos culturales e históricos.

El traductor de los clásicos tiene una grave responsabilidad de cara a los autores y a los lectores. Para la mayoría de lectores los clásicos perviven en otros idiomas y en las palabras de sus traductores. Como los autores de los textos clásicos no suelen quejarse, porque casi siempre se murieron mucho antes, son los lectores quienes deben ser exigentes con las versiones, y buscar las mejores, las que trasladen con fidelidad y conserven más vivas las virtudes originales, la belleza formal y conceptual, los matices del texto y su profunda fascinación imaginativa. Si, como apunta Borges, un libro clásico es el libro que es leído con especial fervor, la traducción que reviste su texto con palabras de otro idioma debe ser especialmente fiel, matizada, y elegante.

Citaré unas líneas de Borges:

> Yo creo que un libro clásico no es un libro escrito de cierto modo. Por ejemplo, Eliot pensó que sólo puede darse un clásico cuando un lenguaje ha llegado a cierta perfección; cuando una época ha llegado a cierta perfección. Pero yo creo que no; creo que un libro clásico es un libro que leemos de cierto modo; es decir, no un libro escrito en cierto modo, sino leído de cierto modo. Cuando leemos un libro como si nada en él fuera azaroso, como si todo tuviera una intención y pudiera justificarse; entonces, ese libro es un clásico.

Es decir que, como Borges había escrito mucho antes:

> Clásico es aquel libro que una nación o un grupo de naciones, o el largo tiempo, han decidido leer como si en sus páginas todo fuera deliberado, fatal, profundo como el cosmos, y capaz de interpretaciones sin término.
> (He comentado estas citas y otras en mi libro *Sobre el descrédito de la literatura*, Barcelona, Península , 1999, pp. 193 y ss.)

Hemos accedido y accedemos a los grandes textos clásicos a través de traducciones, en la mayoría de nuestras lecturas. Ya G. Steiner entre otros ha insistido en la importancia de la traducción como vehículo del viaje universal de un texto. Este es un hecho evidente y que bastaría para constatar la gran deuda cultural que la tradición cultural tiene con los humildes, tenaces y leales artesanos de la traducción, un oficio imprescindible en la literatura universal.

***

Traducir a los clásicos requiere enfrentarse a fondo con una escritura densa y distante. Con textos de sorprendente vigor verbal y poético, con una carga imaginativa y conceptual muy marcada y, casi siempre, muy original.

Los clásicos apuran los sentidos de la lengua, usan las palabras con nuevos matices, imponen a veces su música personal a las frases, seducen con su vigorosa expresividad, y a veces reacuñan de nuevo algunos términos. En fin, para traducirlos no sólo hay que conocer bien su lengua (y, por descontado, la nuestra), sino leer sus tersos y densos textos con extrema atención y fina sensibilidad.

La traducción de los clásicos. GARCÍA GUAL, Carlos. La traducción literaria. Alg...
Centro Virtual Cervantes

Por otra parte, hay que tomar en cuenta la distancia que media entre el texto original y la versión posterior. Una distancia que es, en primer término, lingüística, pero que es también temporal y cultural. Son escritores de otro tiempo y otro contexto histórico, que recogen con personalidad propia una serie de ecos y connotaciones que el traductor debe tener muy en cuenta. En la versión de los clásicos se extrema la dificultad de la traducción fiel.

Por eso un buen traductor de los clásicos debe tener un instinto verbal y una preparación filológica. Es decir, ese gusto por la comprensión cabal de los escritos antiguos, de los matices de su lenguaje y sus referencias contextuales históricas, culturales poéticas, además de un buen conocimiento de ambas lenguas, la del clásico y la propia. (Y cuando hablo de filólogos no me refiero a los titulados en filología, sino a quienes sienten de verdad ese amor a las lenguas, a las palabras y a la lectura a fondo -esa lectura lenta que deseaba F. Nietzsche-. Así como no hay que confundir a los filósofos con los profesores de filosofía, tampoco deberíamos confundir filólogos y licenciados en alguna especialidad académica).

A este respecto la traducción me parece una buena prueba de fuego del oficio del filólogo. A pesar del escepticismo de algunos filólogos al respecto, quienes se escudan en la imposibilidad de la versión perfecta para rehuir la traducción, el arte de rescribir un texto cambiando de un idioma a otro las palabras nos acerca mucho a la entraña misma de la literatura. Y, de nuevo, voy a permitirme otra cita.

Serán unas líneas de Franco Ferrarotti, en *Leer, leerse. La agonía del libro en el cambio de milenio.* (Barcelona, Península, 2002, pp. 50-51, en traducción de M. Carmen Llerena):

> Traducir comporta leer en profundidad, ir más allá de la corteza del texto. El buen traductor, si el texto es valioso, no puede tardar en reconocer la lucha del escritor con la lengua. El verdadero escritor se distingue radicalmente del mero escribiente porque advierte los límites de la lengua que le ha tocado en suerte al nacer en un país y una cultura determinados. Se siente como en la cárcel; de hecho, es un prisionero de las formas lingüísticas que no consiguen expresar el mundo que lleva dentro. Su tormento es el de quien advierte la urgencia agudísima de crear un lenguaje nuevo, de dar un significado original y vivo a formas lingüísticas heredadas de la tradición literaria y consumidas por el uso. El traductor es el cómplice de confianza del escritor en esta obra de subversión de la lengua.

Agrego unas frases más del agudo texto de este catedrático de sociología en la universidad de Roma. Escribe Ferrarotti (pp. 44-45):

> Con todo, a los amantes de los libros les recomiendo el oficio de traductor. Es más arduo de lo que suele pensarse. En compensación, está mal pagado. No se corre el riesgo de ser corrompidos por enriquecimientos rápidos. Pero es muy valioso para aprender idiomas, saborear la masa y capturar, por así decirlo, el cansado proceder de "*faire le livre*", construir el libro desde dentro.
>
> Traducir me salvó del hambre en los últimos años de guerra y en los de primera posguerra. Para disfrutar realmente un libro, para asimilarlo y hacerlo sangre de la propia sangre, hay que colaborar en su construcción. No conozco atajo más bello para este fin que la traducción.

***

La traducción de los clásicos. GARCÍA GUAL, Carlos. La traducción literaria. Alg...
Centro Virtual Cervantes

Volviendo a las versiones de los clásicos, he hablado antes de *distancia* y *densidad.* Ambos factores me parecen muy claros cuando tratamos de autores y textos antiguos, como los griegos y latinos. Son los que durante muchos siglos fueron considerados como los clásicos *kath´exochén*, por excelencia, del mundo europeo. Pero la distancia y la densidad pueden aplicarse también a otros textos, estén o no en el famoso y discutible canon de la cultura occidental. Sólo que, como los griegos y latinos son más antiguos y durante siglos fueron tenidos como los modelos que convenía imitar resultan ejemplares a este respecto. (La ejemplaridad a que aquí aludo no tiene mucho que ver con la tan baqueteada en la famosa *Querelle des anciens et des modernes*. Es bien sabido, por otra parte, que los modernos se vuelven antiguos con el paso del tiempo).

***

Volveré, luego, a comentar esta distancia y densidad de los clásicos griegos y latinos con unos textos concretos. Pero ahora quisiera tocar otro punto que me parece de interés. Si definimos un texto clásico, de manera rápida y funcional, como aquel que se presta a relecturas infinitas, o, parafraseando a Calvino, un libro al que "siempre le queda algo que decir", podemos afirmar que en esas relecturas no se gasta su mensaje, sino que aún se enriquece. También las distintas versiones de un texto pueden enriquecer su significación cultural. Algo parecido sucede también con los mitos. Un texto clásico se colorea y aguza con las diversas interpretaciones del mismo, con las mejores glosas y comentarios que ha ido despertando a lo largo de los tiempos. Pervive y respira con nuevos aires en una serie de relecturas sucesivas y sugerentes. Pensemos, por ejemplo, en lo que han supuesto las relecturas de Platón en la tradición filosófica europea, desde los neoplatónicos a los renacentistas florentinos y los neokantianos, etc.

Las traducciones, que no sólo le cambian la lengua, sino que de algún sutil modo reactualizan su sentido, dan lugar a una tradición digna de estudio muchas veces. Con frecuencia he echado de menos en las usuales Historias de las Literaturas que no se mencionen las traducciones de grandes autores, que tanto han influido en la cultura de la época y en la orientación de muchos escritores y de muchas obras. Olvidar la influencia de las traducciones es caer en un tosco provincianismo. Pero dejemos esto para otro momento y apuntado como sugerencia.

Atacaré el tema desde otro lado. Otra vez con cita de Borges, quien, en su conocido ensayo sobre "Las versiones homéricas", escribe:

> La *Odisea*, gracias a mi oportuno desconocimiento del griego, es una librería internacional de obras en prosa y verso, desde los pareados de Chapman hasta la *Authorized Version* de Andrew Lang o el drama clásico francés de Bérard o la *saga vigorosa* de Morris o la irónica novela de Samuel Butler. Abundo en la mención de nombres ingleses, porque las letras de Inglaterra siempre intimaron con esa epopeya del mar, y la serie de sus versiones de la *Odisea* bastaría para ilustrar su curso de siglos.

Tiene sobrada razón Borges cuando rememora la espléndida tradición de versiones homéricas inglesas. De manera más rotunda lo certifica la estupenda antología de G. Steiner, *Homer in English*, Penguin, 1996, que él no llegó a conocer. De esas versiones de la *Odisea*, él prefería la primera y muy sonora de Chapman, de 1614, que él poseía en dos libros heredados de su padre. (Ahora puede leerse, con la de la *Ilíada*, en un tomo muy asequible: *Chapman´s Homer. The Iliad and the Odissey*, Wordsworth Editions, 2002). En

La traducción de los clásicos. GARCÍA GUAL, Carlos. La traducción literaria. Alg...
Centro Virtual Cervantes

español hay más versiones de la *Ilíada* que de la *Odisea*; veinticuatro frente a doce, más o menos. Pero la primera versión castellana de la *Odisea* es más antigua que la de Chapman, aunque de un valor poético muy inferior. Fue la del secretario de Felipe II, Gonzalo Pérez (Versión completa en Amberes, 1556. Los doce primeros cantos se editaron en Salamanca, en 1550. Cf. J. Pallí, *Homero en España*, Barcelona, 1953. Cf. mi introducción a *Homero. Ilíada y Odisea*, Madrid, Espasa, BLU, 2000).

Resulta, desde luego, muy interesante rastrear cómo se ha traducido a un autor antiguo en distintas épocas, y observar cómo las versiones sucesivas renuevan la lectura y guardan el sabor de la lengua de su tiempo. Como un buen ejemplo de esa refinada tarea filológica, que está íntimamente ligada a la estética de la recepción de los textos, quisiera citar el admirable *Horacio en España* de M. Menéndez Pelayo, Madrid, 2 tomos, 1885. Pero también es muy atractiva la lectura de alguna vieja traducción de otros tiempos, en los que florecía con pujanza la lengua castellana.

Les invito, por ejemplo, a leer la magnífica versión de *El asno de oro* de Apuleyo que hizo Pero López de Cortegana a comienzos del siglo XVI (Sevilla, 1525, probablemente, aunque concluida ya en 1513), reeditada con gran éxito por Alianza en su colección de bolsillo, y contrastarla con las más recientes traducciones del mismo texto. Esa versión de la gran novela cómica latina fue la que leyeron los autores de las novelas picarescas del Siglo de Oro, con mucho provecho, y es fácil encontrar en sus páginas el colorido de la época.

***

Pero tal vez sea ya el momento de pasar a unos breves y concretos ejemplos para precisar sobre los textos lo que quiero apuntar en esta charla. No quisiera detenerme, sin embargo, en la vieja discusión acerca de la literalidad y la libertad de la traducción. No voy a comentar los consejos de San Jerónimo, de Schleiermacher, de W. Benjamin y otros venerables traductores y teóricos del oficio. Me limitaré, como digo, a comentar unos pocos ejemplos.

En un breve y atractivo libro, titulado *L'égal des dieux. Cent versions d'un poème de Sappho*, París, Allia, 1998, Philippe Brunet ha recogido cien versiones francesas del poema de Safo sobre los efectos físicos del amor. Esas cuatro estrofas sáficas han inspirado a lo largo de tres siglos y medio, desde el Renacimiento hasta nuestros días (la primera traducción es la de Louise Labé, en 1555, y la última de Frédérique Vervliet, de 1993) cien versiones de muy variados acentos y estilos. Unas son más fieles y otras más libres, pero todas ellas mantienen un fuerte aroma poético. Podemos preguntarnos cuántas podrían recogerse del mismo texto en otros idiomas europeos. (En español, pienso, podrían ser al menos veinte). Pero lo que importa es advertir cómo en cada época el poema suena con tonos peculiares. Acaso algunos piensen que la mayoría de estas versiones podrían calificarse de *belles infidèles*, las "bellas infieles" que abundan, ciertamente, en el ámbito de la traducción, y muy especialmente en el dominio francés. Pero no quisiera entrar aquí en este tema. No quisiera plantear la alternativa de "las bellas infieles" frente a las supuestas "feas fieles", porque me parece una alternativa falsa. Porque dudo de una auténtica fidelidad en el caso de las (versiones) feas.

De esas cien versiones daré, como ejemplo, la de Marguerite Yourcenar, que me parece espléndida. (Ver texto 5 anexo al final).

La traducción de los clásicos. GARCÍA GUAL, Carlos. La traducción literaria. Alg...
Centro Virtual Cervantes

Pero conviene no olvidar que la traducción más antigua del poema sáfico es la que dio en latín el gran poeta Catulo, también en versos sáficos, y que tituló "Ad Lesbiam":

"Ille mi par esse deo videtur
Ille si fas est superare divos
Qui sedens adversus identidem te
Spectat et audit.
Dulce ridentem. Misero quod omnis
Eripit sensus mihi, nam simul te
Lesbia aspexi nihil est suprema
.....
Lingua sed torpet tenuis sub artus,
Flamma demanat, sonitu suopte
Tintinant aures, gemina teguntur
Lumina nocte.
Otium, Catulle, tibi molestum est
Otio exultas, nimiumque gestis.
Otium reges prius et beatas
Perdidit urbes.

Esa versión de Catulo es ejemplarmente fiel en las primeras estrofas, pero añade luego una cuarta, original, de tono un tanto moralizante, al subrayar los peligros del ocio, y da nombre propio a la amada, Lesbia. Pero, sobre todo, altera el género de la persona que expresa en el poema sus penas de amor. En el caso de Safo, es una mujer quien dice hallarse *toda* subyugada por el embate erótico. Oculta así la referencia homosexual, lésbica, del poema.

¿No nos resulta, curiosamente, más fiel al espíritu del original, la traducción de M. Yourcenar, aunque quede, desde luego, mucho más lejos en su forma métrica?

Veamos ahora las dos versiones, en prosa y verso que editó José del Castillo y Ayuso, un buen traductor de los líricos griegos, de época romántica, en su *Anacreonte, Safo y Tirteo* (Madrid, 1832). La versión métrica, en estrofas sáficas, ya había sido usada un siglo antes en la versión de este poema por Ignacio de Luzán, en su *Arte de hablar o Retórica*, hacia 1730. (La versión de Luzán es más fiel al original griego. Ver texto 2). Al ofrecer una traducción muy fiel en prosa, puede permitirse una mayor libertad en su versión métrica. Una nota más: ese "Lesbia" inicial parece un eco intencionado de Catulo (Ver textos anexos 3 a y b).

Esta versión romántica usa palabras que ahora suenan añejas y desusadas, como "mancebo", "opreso", y "fauces" (en el caso de "voz a mis fauces"). Es un buen ejemplo de cómo el léxico requiere reactualizar las traducciones al cabo de un tiempo.

Escrita medio siglo después, la versión de Angel Lasso de la Vega, otro esmerado traductor de los líricos, en *La Musa Helénica*, Madrid, 1884, parece, en efecto, más moderna y menos neoclásica. Aquí el traductor ha preferido el verso heptasílabo -cercano al octosílabo más tradicional en castellano-, lo que impone un ritmo más rápido al poema. Pero, además, ha suprimido, como Catulo, el matiz homosexual. (Aquí quien habla no es mujer, sino un hombre: "Y pálido y perdida/la razón, sin aliento/y helado...". Ver texto 4).

Podríamos dar aquí, como ya dije, una docena y media más de traducciones españolas de este apasionado poema, pero lo que yo ahora quería apuntar queda ya sugerido.

***

La traducción de los clásicos. GARCÍA GUAL, Carlos. La traducción literaria. Alg...
Centro Virtual Cervantes

Voy a pasar a otro ejemplo, tomando en este caso un texto latino no menos famoso del sutil Horacio, ese poema de suave aire epicúreo que aconseja gozar el instante en la rauda fuga del tiempo. Ofrezco dos versiones españolas, una en verso y otra en verso libre, otra italiana y otra en inglés. Todas ellas me parecen muy logradas. Me gustaría que las leyeran con cuidado y las degustaran.

No creo que sea necesario defender ni siquiera la de Ezra Pound, que sufrió hace tiempo los ataques de filólogos quisquillosos. (Recuerdo que su versión de Propercio, al final ha acabado editada no como traducción del latín, sino como obra propia. Pero otros críticos, más receptivos a los matices poéticos y los ecos líricos, han destacado el sutil gusto de Pound como traductor de los clásicos).

***

La lectura de varias traducciones nos ayuda a percibir mejor los reflejos irisados que centellean en todo texto clásico, gracias al talento y la gracia de sus traductores. Espero que esta tesis no les parezca inadecuada después de una breve reflexión sobre la cuestión y la lectura reposada de estos pocos ejemplos.

Textos anexos

1. Texto original de Safo:

ΣΑΠΦΟ.

β'. Πρὸς γυναῖκα ἐρωμένην

Φαίνεται μοι κῆνος ἴσος θεοῖσιν
Εμμεν ὠνὴρ, ὅστις ἐναντίος τοι
Ισδάνει, καὶ πλασίον ἁδὺ φωνᾶ-
Σαί σ' ὑπακύει,
Καὶ γελάϊς ἱμερόεν· τό μοι' μὰν
Καρδίαν ἐν στήθεσιν ἐπτόασεν.
Ως γὰρ εἴδω σε, βροχέως με φωνᾶς
Οὐδὲν ἔτ' ἴκει·
Αλλὰ καμμὲν γλῶσσα ἔαγε, λέπτον δ'
Αὐτίκα χρῶ πῦρ ὑποδεδρόμακεν,
Οππάτεσσιν δ' οὐδὲν ὄρημι, βομβεῦ-
Σιν δ' ἀκοαί μοι·
Καδδ' ἱδρὼς ψύχρος χέεται, τρόμος δὲ
Πᾶσαν ἀγρεῖ, χλωροτέρα δὲ ποίας
Εμμί· τεθνάκην δ' ὀλίγω 'πιδεῦσα,
Φαίνομαι ἄπνους.
Αλλὰ πᾶν τολματὸν, ἐπεὶ πένητα - - -

SAFO.

ODA II.

Á SU AMANTE.

Lesbia, la dicha de los Dioses prueba
Ese mancebo, frente á tí sentado,
Ese que goza de tu hablar suave,
De una sonrisa.
Mírolo ¡triste!; el corazon entónces
Ríndese opreso; de repente falta
Voz á mis fauces, mi trabada lengua
Tórnase muda.
Súbito siento que sutil discúrre
Dentro en mis venas ardorosa llama;
Huye la vista de mis ojos, zumban
Ya mis oidos.
Toda me cubro de sudor helado,
Mas amarilla que la yerba quedo,
Tiemblo, y cercana de la muerte, exhalo
Débil suspiro.

2. Ignacio de Luzán, *Arte de hablar o Retórica*, hacia 1730.

La traducción de los clásicos. GARCÍA GUAL, Carlos. La traducción literaria. Alg...
Centro Virtual Cervantes

(Cf. M. Béjar Hurtado, ed. I. de Luzán, *Arte de Hablar*, Gredos, 1991).

A los beatos dioses me parece
igual aquel que, cabe ti sentado,
de cerca escucha cómo dulcemente
hablas y cómo
dulce te ríes: lo que a mí del todo
dentro del pecho el corazón abrasa.
Mas ¡ay! que, en verte, en la garganta un nudo
d' habla me priva.
Se me entorpece la lengua, y por todo
mi cuerpo un fuego rápido discurre;
de los ojos no veo; los oídos
dentro me zumban.
Toda yo tiemblo; de sudor helado
toda me cubro; al amarillo rostro
poco faltando para ser de veras,
muerta parezco.

3. José del Castillo y Ayuso, *Anacreonte, Safo y Tirteo* (Madrid, 1832)

a) Versión en prosa

Me parece que es semejante á los dioses aquel hombre que se sienta frente á tí, y escucha de cerca tu dulce hablar y tu amable reir. Esto comprime mi corazón en el pecho: porque lo mismo es mirarte que de repente me falta la voz; y la lengua se me rompe; y un fuego sutil discurre al punto por dentro de mi cuerpo, y nada veo con los ojos, y me zumban los oidos. Y un sudor frio me cubre, y el temblor me conmueve toda, y me pongo mas amarilla que la yerba; y estando en poco que no muera, me hallo sin aliento. Pero arrostremos por todo, que infeliz...

b) Versión en estrofas sáficas

Lesbia, la dicha de los Dioses prueba
Ese mancebo, frente á tí sentado,
Ese que goza de tu hablar suave,
De una sonrisa.
Mírolo ¡triste!; el corazon entónces
Ríndese opreso; de repente falta
Voz á mis fauces, mi trabada lengua
Tórnase muda.
Súbito siento que sutil discurre
Dentro en mis venas ardorosa llama;
Huye la vista de mis ojos, zumban
Ya mis oidos.
Toda me cubro de sudor helado,
Mas amarilla que la yerba quedo,
Tiemblo, y cercana de la muerte, exhalo
Débil suspiro.

La traducción de los clásicos. GARCÍA GUAL, Carlos. La traducción literaria. Alg...
Centro Virtual Cervantes

4. Angel Lasso de la Vega, *La Musa Helénica* (Madrid, Biblioteca Universal, 1884.)

A UNA HIJA DE LESBOS. *Oda*

Feliz quien a tu lado
Por ti sólo suspira
Y el hondo placer goza
De oir tu voz divina.
A aquel a quien le cupo
Admirar tu sonrisa,
¿Podrán nunca igualarse
Los dioses en su dicha?
Corriendo por mis venas.
Sutil llama vivísima.
No bien te miro, siento.
Y en mi inmensa delicia
A los dulces transportes
Que siente el alma mía,
La lengua a hablar no acierta,
La voz juzgo perdida,
Confusa nube al punto
Se esparce por mi vista;
Nada oigo, y a un tiempo
Mi ser todo de abisma
En languidez suave,
Y pálido y perdida
La razón, sin aliento
Y helado y con la misma
Frialdad que da la fiebre,
Caigo y pierdo la vida.

5. Margueritte Yourcenar, *La Couronne et la lyre*, Gallimard, 1979.
(Cf. Ph. Brunnet, ed., *L´égal des dieux. Cent versions d´un poème de Sappho.* Allia, 1998.)

Il est pareil aux dieux, l´homme qui te regarde,
Sans craindre ton sourire, et tes yeux, et ta voix,
Moi je tremble et je sue, et ma force est hagarde
Et mon cœur aux abois...
La chaleur et le froid tour à tour m´envahissent;
Je ne résiste pas au délire trop fort;
Et ma gorge s`étrangle et mes genoux fléchissent,
et je connais la mort...

La traducción de los clásicos. GARCÍA GUAL, Carlos. La traducción literaria. Alg...
Centro Virtual Cervantes